



MOMENTO ORANTE

Cuando el Espíritu ora en mí, mi ser queda expuesto ante Dios como corola al beso de la luz que la abre.

Cuando el Espíritu ora en mí, mi oración nace más allá de mí mismo.

La oración es algo que yo vivo cuando sé estar a gusto conmigo mismo, cuando escucho las voces inspiradas del silencio, cuando mi pobreza sentida no me abrume, ¡y el universo entero cabe dentro de mi enamorado corazón!

Ora, pues, en mí, Espíritu de los gemidos inefables;

ora, pues, en mí, a fin de que mi vida entera sea oración:

que mis sentimientos todos te sientan a ti;

mis palabras todas te nombren a ti;

todas mis acciones sean tu acción realizada por mí,

explicación única y convincente de mi vida.

Tú, poniéndome siempre bajo el Padre.

Tú, identificándome más y más con el Hijo.

Tú, vigor y ternura de mi ser total.

Intuición y Sabiduría de cuanto me descansa.

Abrazo único que plenifica todos mis abrazos. AMÉN

Antonio López Baeza

TEXTOS ORANTES

Jn 19,30: El Espíritu regalo que Jesús nos da.

Rm 8,15: El Espíritu es la fuente de la oración cristiana, *“nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!”*

1 Cor 12,3: Nos permite decir que Jesús es nuestro Señor

Rm 8, 16: Testimonia que *“somos hijos de Dios”*

1 Cor 3, 16: Nos susurra: *“¿No sabéis que sois templo de Dios”*

Jn 16, 13: Nos guía hacia la verdad completa”

“CUANTO MÁS EL PADRE DEL CIELO DARÁ EL ESPÍRITU SANTO”

* El Maestro invita a los discípulos a orar con la seguridad de que van a ser escuchados. Una seguridad que radica en la convicción de que Dios es un Padre para quien lo invoca, y que quiere escuchar como padre las súplicas de sus hijos.

* Nosotros solos no podemos ni sabemos orar como conviene. Es el Espíritu *“quien viene en nuestra ayuda”* (Rm 8,26).

“Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o, si pide un huevo, le da un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!” (Lc 11, 9-13) ;(Cf. Mt 7, 7-11)

A.- LA EFICACIA INFALIBLE DE LA ORACIÓN DE PETICIÓN (VV. 9-10)

Dios escucha siempre la oración de sus hijos y responde a sus peticiones por los caminos misteriosos de su sabiduría y bondad.

«Pedid... buscad... llamad... Todo el que pide... el que busca... el que llama...». El orante presenta sus súplicas como expresión de una fe en Dios viva y verdadera y de una íntima adhesión al misterio de su sabiduría y de su voluntad.

«Pedid y recibiréis... El que pide recibe...»; afirma la eficacia de una petición dirigida a Dios como oración verdadera; asevera la fuerza que tiene ante Dios una petición que se apoya en una fe viva. «Si tuvierais fe..., nada os sería imposible» (Mt 17, 20; cf. Lc 1, 37); «Todo lo que pidáis con fe en la oración lo obtendréis» (Mt 21, 22); «Vete, y que suceda según tu fe» (Mt 8,13; cf. v.10). La fe es la que confiere a nuestras peticiones la calidad de verdadera oración y, a la vez, la que garantiza a nuestras oraciones su eficacia ante Dios. «Esta es la confianza que tenemos en él: que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha; y si sabemos que nos escucha cuando le pedimos algo, sabemos que tenemos todo lo que le hemos pedido» (1 Jn 5, 14-15; cf. 3, 22; Jn 14, 13-14).

«Pedir según la voluntad de Dios (o de Cristo)» y «pedir con fe en la oración» (Mt 21, 22), es la misma cosa. Y la garantía de que Dios nos escucha es algo *inherente* a esa oración, que es eficaz *por su misma naturaleza*, y está ya dando su fruto (cf. Mc 11, 24).

A veces tenemos la impresión de que, aun habiendo orado de verdad, nuestra petición no ha dado ningún resultado. La experiencia del silencio de Dios está presente en los salmos, con realismo y dolor: (Sal 22, 2-3; Sal 69, 4; Sal 88, 14-15.19). No confundir *realidad vital* con *experiencia percibida*. Dios escucha siempre nuestras peticiones *en el sentido que les confiere la fe*. Y la fe tiene un *lenguaje propio* que no siempre coincide con lo que nosotros pensamos que estamos pidiendo a Dios.

«Pedid y recibiréis... Quien pide recibe...» aparece como un compromiso solemne que Dios asume de escuchar y de atender al orante que lo invoque. Si luego la experiencia personal puede parecer una negación de esa verdad, ello se deberá a que la oración es, en sí misma, portadora de unos valores misteriosos y vitales que trascienden los del pensamiento consciente y las comprobaciones tangibles.

B. «CUÁNTO MÁS VUESTRO PADRE CELESTIAL DARÁ...» (VV. 11-13)

Dios Padre, *quiere* escuchar las súplicas de sus hijos, y las escucha siempre *de la manera mejor*, como sólo El puede hacerlo.

“**Cosas buenas**” “**el Espíritu Santo**”. Para el orante, Dios *es su «padre»*. El Espíritu Santo es el don en que se expresa y se hace operante la generosidad *paternal* de Dios en el contexto específico del mensaje evangélico, el don que convierte en realidad la voluntad salvífica del Padre celestial en Cristo Jesús. Los hijos piden *cosas buenas*, con abandono confiado y en la plena seguridad de que serán escuchados. El Padre atenderá sus peticiones y las escuchará por encima del significado inmediato de sus pensamientos y de sus palabras, de acuerdo a la medida de la generosidad de su amor de Padre en Cristo Jesús, concediéndoles el Don que con su presencia hace «buenas» todas las cosas: el don del Espíritu Santo.

“*¿Cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan*”. Una fe viva lleva al discípulo a pedir el don del Espíritu Santo, consecuencia de la adhesión personal a la verdad de su relación filial con Dios en el marco del misterio evangélico. Y el Espíritu Santo es la “cosa buena” de nuestra petición, aun cuando lo que pedimos sean las diversas “cosas buenas” que creemos necesitar. Basta que la súplica sea vitalizada por la disponibilidad de la fe y por una confianza filial. El Padre, en las súplicas de sus hijos, descubre *la voz de la fe hecha oración*. Y la fe que ora pide siempre a Dios, con su propio lenguaje vital, el don por excelencia de su paternidad salvífica en Cristo Jesús.

«Pedid y recibiréis...»: la oración de petición es eficaz. Y su fruto - venga o no acompañado de «cosas buenas»- es siempre algo *sublime*: el crecimiento, en el corazón, de una *bondad* específica, cuyo origen es divino y cuya naturaleza es celestial.